



CUENTOS
La infidelidad,
de Susana
Aguad

Página 3



JUICIOS Y PREJUICIOS
La saga de Jeremías
Gillete Jeremías, de
Ezequiel Dellutri

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 220 | JUEVES 18 DE FEBRERO DE 2016

Sebastián
Chilano
*En tres
noches
la eternidad*



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

Una serie de textos que el novelista y crítico francés escribió para la revista *Le Mensuel* entre noviembre de 1890 y septiembre de 1891, traducidos al español por primera vez llegan a la Argentina a través de Ediciones Godot. Más de veinte años antes de empezar a publicar *En busca del tiempo perdido*, Proust daba sus primeros pasos como escritor con estas colaboraciones que, hasta el año 2012,

fueron un aspecto inexplorado de su obra. Cuatro años después, traducidos al español por Matías Battistón se vende en librerías locales bajo el título *Marcel antes de Proust*. Marcel Proust (1871-1922) fue un novelista, ensayista y crítico cuya obra maestra, la novela *En busca del tiempo perdido*, publicada por partes entre 1913 y 1927, constituye una de las cimas de la literatura del siglo XX.



Sebastián Chilano

En tres noches la eternidad



LEONARDO HUEBE

En tres noches la eternidad (Editorial Vestales, colección Nigromántica, 2015), de Sebastián Chilano, es la clase de libro que seducirá al lector a volver a visitarlo cada cierto tiempo, a descubrirle nuevos detalles, a ser iluminado por luces desperdiciadas en el pasado, a recorrer otros penumbrales. Esta es una novela escrita para perdurar, una novela que inquieta a quien la sostiene abierta delante de él y que no se retira de su mente aún cerrada y ubicada en un anaqueo de la biblioteca.

El libro está dividido en tres partes: la de las sombras y las serpientes, la de los pátilos y el fuego, la de la tormenta y los dioses.

Escritura precisa, diálogos contundentes, personajes atormentados, descripciones vivas, fantasía perversa; tres historias rotundas atravesadas por la religión, el arte y la locura a las que las une, como alguna vez dijo Italo Calvino, más que la muerte, la patología del viviente.

Las palabras que en el cuadro "La resurrección de Lázaro", de Michelangelo Merisi de Caravaggio, está diciendo Jesucristo, las que están escuchando Martirya María, las hermanas del resucitado, las mismas que están escribiendo en el *Libro de la Inmortalidad*, ese con el que escapó el impresor Lodewijk Elzevir, son el centro de esta novela. Y la búsqueda, la búsqueda física y metafísica, de una eternidad que suela ser siempre trágica.

Las sombras y las serpientes

Dos personas recorren un muelle en el que los navíos no tienen tiempo. Buscar al Mariette en un callejón de la Vieja América con un husped especial: Elzevir, el hombre que, supuestamente, lleva vivo cuatro siglos.

Salitre, místicas en las tinieblas, albatros, piedras de sacrificio que aluden al destino, Juárez, esa especie de detective sectario,



SEBASTIÁN CHILANO. CON SU ÚLTIMA NOVELA, EL AUTOR SE HA CONSUMADO COMO UNO DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS CONTEMPORÁNEOS.

el traductor de italiano, quien narra los hechos, René, el capitán del barco, con sus serpientes tatuadas vivientes, un marinero gitanoy el ser del camarote que dice: *L'eternità è un'allusione*.

—Parece que estuvieramos perdiéndonos en el tiempo—me dice Juárez, y por un momento es cierto.
—La búsqueda de un hombre muerto hace cuatro siglos necesita más de esa sensación que de la cordura—contesta.

Los pátilos y el fuego

En una posada de Mesina, Merisi y su Mecenas (quien describe los hechos de los que es testigo y protagonista) esperan una noticia entre telas a medio pintar, aprendices del artista y prostitutas.

Discuten sobrias cargas del mundo, el Babilonia, la construcción y las obras inconclusas (entre las que se encuentra enrollada *La resurrección de Lázaro*) y sobre el hombre al que buscan.

Hay vino, hay perversión, hay violencia y pasiones descontroladas. Hay un posadero y también hay una hija de posadero. Hay, además, una sentencia de Merisi: *La naturaleza es la perfección*.

—Coloquemos otra tela—se dice a sí mismo— Quiero terminar uno de los cuadros.
Los otros dos discípulos se apresuraron a obedecerlo.
—¿Cuál de los dos?—pregunta el aprendiz más castigado.
—La que debe ser piens. Y pienso en Lázaro.

La tormenta y los dioses

Quien narra rescata a un hombre y dos mujeres de entre los restos de un naufragio. Lleva al hombre que agoniza dentro de una caja que ignora el tipo de su contenido y se arrepiente de haberlos salvado. Bien claro fue Heródotos: los hombres no deben intervenir en el accionar de los dioses, si no quieren sufrir castigo.

Mientras quien narra espera a que Hades venga a buscar al ago-

nizante, las mujeres le ruegan para que ayude a su hermano.

El cambio de paradigma religioso, la tensión entre las viejas creencias y la nueva (la del Hijo sacrificado, hipotéticamente, para salvar a la humanidad), se ilumina en la tormenta de la tercera parte: la del narrador que describe de esa cruz pintada en la pared que representa al supuesto Mesías crucificado (aunque, como dice él mismo, a no ser que, paradójicamente, yo haya sido su primer milagro) y la de las dos mujeres que la adoran.

—Lo ofreceré solo una vez—dice Martirya—. Nunca más tendrá una oportunidad como esta. Puede repetirle las palabras que Jesús dijo a sus hermanos cuando hicieron la cruz, si prefiere no escucharlas. Y cuando lo haga, no debe decirle que él mismo está en ella.
—El estado del yo hermano contradice la afirmación.
—Que muriera solo indica que no era digno.

—¿Y qué le asegura que yo lo seré?

El autor

Sebastián Chilano nació en Vicente López, en 1976, y desde niño está radicado en Mar del Plata.

Ha publicado las novelas *Riña de gallos* (Ediciones B, 2010), *Las reglas de Barrington* (Gargallo, 2012), que fue ganadora del concurso "Laura Palmer no ha muerto"; *Tan lejos que es mentira* (Letra Sudaca, 2013); y *Ménefes* (Vestales, 2014). Ha creado, además, en coautoría con Fernando del Río, las novelas de la saga Furca: *La sala del lagarto* (Ediciones B, 2009) y *El gorrión* (Ediciones B, 2011).

En 2012, recibió el premio Alfonsina Storni en el rubro Creación Literaria.

Quien haya leído la obra de Sebastián Chilano encontrará en *Tres noches la eternidad* una consumación: la del autor que ha dejado de ser un referente de su ciudad, de su territorio, para ser lo que, sin dadas, es hoy uno de los mejores escritores argentinos contemporáneos.

Angélica Gorodischer presenta *Las nenas*, un libro de cuentos donde las protagonistas son niñas que desafían las reglas de "nuestra sociedad falocéntrica", escapando de situaciones opresivas impuestas por la lógica masculina. Gorodischer, de 87 años, una de las grandes escritoras argentinas, figura entre las voces más importantes de la ciencia ficción en nuestro país, género que abandonó para

dedicarse a explorar otros terrenos y nunca dejar de "leer de todo, no solamente literatura". En su extensa obra narrativa, figuran las novelas *Opus dos*, *Kalpa Imperial*, *Jugo de Mango* y *La noche del inocente*, y los libros de relatos *Cuentos con soldados*, *Trafalgar* y *Menta*. La máxima figura femenina de la ciencia ficción anglosajona, Ursula K. Le Guin, realizó la traducción al inglés de su novela *Kalpa Imperial*.



SEBASTIÁN BASUALDO

“Lo que Ud., mi amor, debe valorar cuando elige un hombre, no es su fidelidad, lo que en nuestros días no tiene ninguna importancia, sino si puede clasificarlo como un hombre sólido, que pisa fuerte. Yo soy típicamente la antítesis del perdedor. La antítesis del débil. ¿Por qué?, se preguntará. Y bien, porque poco a poco he ido ganando espacio de poder. No sólo el dinero, la política o la cultura. También las vinculaciones, saber relacionarse, hacerse de buenos amigos”, dice Joaquín Cerruti en “La verdad sobre mí”, relato que bien podría resultar la síntesis perfecta de la maquinaria ideológica que de manera crítica se pone de manifiesto en *Infidelidad*, el libro de cuentos de la escritora mendocina Susana Agud, donde por medio de una prosa equibreada entre lo poético y el rigor formal, logra plantear situaciones y personajes tan tristemente memorables que uno no puede dejar de pensar que son parte de una década bien concreta, es decir: un producto ideológico de la herencia cultural de los años noventa.

“¿Le parece que ahora, después de veintitrés años, cinco meses y cuatro días voy a escribir en un papel que estuviere a mi servicio todo ese tiempo?”, pregunta el patrón en el relato que lleva por título el libro y cuya historia gira entorno a las vejecciones sufridas por una empleada doméstica. “Le pagué en marzo, recibiste puntualmente tu sueldo mensual, nunca te pedí un recibo. Has dormido y comido en mi casa”.

Ahora ya puede decirse *Infidelidad* es un libro de relatos de cuentos sobre parejas que incurrir en engaños amorosos, no



La infidelidad, de Susana Agud

hay exaltación de un deseo irrefrenable o grandes pasiones con arrebatos laudables que llevan a los amantes a cometer todo tipo de transgresiones. Se trata de otra cosa: las infidelidades, cuando se consuman, degeneran en engaños y deslealtades casi siempre motivados por asuntos que no tienen relación alguna con el amor, como ocurren “Un tropezón”, “El amor en la playa”, “El día en que una mujer después de escuchar a su marido decir: “Bueno, me fumlé. ¿Y qué? No se funde todo el mundo en este puta país?”, motivada por el despecho económico decide vengarse de su marido siendo infiel de una ma-

nera puramente contingencial. Las historias que Susana Agud narra en *Infidelidad* tienen como escenario distintas ciudades del mundo, puede ser París o un perdido pueblito chaqueño, acaso una isla en Indonesia, Buenos Aires o una playa uruguay; pero su telón de fondo es siempre el mismo: las miserias en la que meturgan los hombres en una sociedad donde el amor y el sexo es una mercancía más, el dinero es poder y el cinismo un resguardo

para la frívola aceptación de que las cosas no valen ya por lo que son sino por todo aquello que representan.

“Desde que me subió a mi Jaguar, en el trayecto hasta la cancha de tenis del Yacht Club, me invade una especie de desasosiego como si estuviera en culpa o fallara a alguno de mis compromisos importantes”, dice un congresario sin escrúpulos en un relato “La infidelidad”, que entre jóvenes diputados y cócteles en el Sheraton no tardará en hacer gala de su poder de seducción con la mujer de un amigo, como afirmando esa idea nefasta de que la mezcla del poder y el dinero nos vuelve in-

exorablemente deseados. “El cuento breve permite encontrar una envoltura más directa y rigurosa. La microficción es aún más huida, escapa de los parámetros teóricos y de lo que pudiera inferir la crítica convencional. Por lo general, las microficciones no exceden de una página y estallan en los ojos del lector que necesita volver sobre lo escrito para profundizar en su contenido. El procedimiento de un cuento breve o de un microcuento tiene más dificultades que un relato largo. No es espontáneo, busca cerrarse en la forma, apretarla, contrarrestar un sentido y terminar como un proyectil que da en el blanco”, dijo Susana Agud hace algunos años durante una entrevista, y eso es exactamente lo que ocurre en *Infidelidad*, un libro donde cada cuento es parte de una maquinaria narrativa elaborada con la precisión de un relojero. Hijos desheredados que vengan a sus padres después de muertos, ancianas madres que son abandonadas en hospitales por hijos que usufructúan sus bienes, mujeres que escapan de la rutina buscando ser deseadas por extraños y ese genial relato titulado “Crimen en Pietralata” que desnuda hasta qué punto la ignorancia de una sociedad basada puramente en valores simbólicos puede propiciar un asesinato en torno a un partido de fútbol son algunos de los temas de estas narraciones breves y rotundas como desmoronamientos morales.

Nacida en Córdoba, ciudad donde cursó sus estudios universitarios, se exilió en París entre 1976 y 1984 y actualmente reside en Buenos Aires. Es autora de las novelas *Herminie* y *oro* (1992), *Detrás del muro* (1999), *Legión y guerra* (Paradiso 2010) y *La infidelidad* (2015) y de los libros de cuentos *El día en que una mujer* (1998), *Extrata Europa* (2002), *Ayer* (2006) y *Jardín nocturno* (2008).

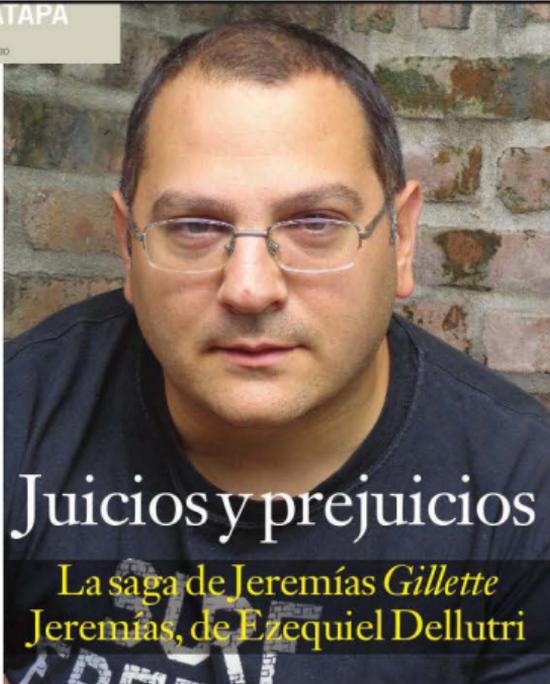
Lo mejor de *Negración* y *Chaveta* recopila relatos humorísticos y editoriales de Alberto Cognigni (1930-1985), dibujante y periodista que acompaña con sus caricaturas a dos habitantes de las orillas que se burlan de todo y filosofan al borde del absurdo. Surgidos de la gran comedia satírica de la legendaria revista cordobesa *Hortensia*, los personajes "Negración" y *Chaveta*, creados por Cognigni, regresan en este

libro con la vigencia de un humor que desarma lo solemne con dosis potentes de ingenio y parodia. En 1971 Cognigni lanzó dos mil ejemplares de *Hortensia* sin sospechar que de inmediato iba a cuadruplicar el tiraje y que algunos números posteriores —con dibujantes de la talla de Caloi, Sábat, Crist y Fontanarrosa estrenando a "Inodoro Pereyra" y "Boogie el acitoso"— llegarían a los 200 mil en un lapso de 19 años.



CONTRATAPA

→ JAVIER CHAHARAND



Juicios y prejuicios

La saga de Jeremías Gillette

Jeremías, de Ezequiel Dellutri

De la novela negra hay mucho dicho y cosas por decir. Entre ellas que las variantes del detective o investigador se remontan y a la vez vuelven a la sustancia, algunas veces como parodia, otras como un juego entre homenaje o búsqueda. Ezequiel Dellutri homenajea y parodia en partes iguales. Homenajea a la variante del detective sagaz (en este caso es mejor que decir inteligente) que ve cosas del mundo que otros no ven, y también lo parodia al insertarlo en calles argentinas y rodearlo de colores y sonidos que poco tienen que ver con callejones oscuros y fumadores de pipa que bien construyen el ambiente de la Londres victoriana. Como le dice el autor al SLT: "Hay una influencia evidente en la configuración narrativa de mis dos personajes, tan evidente que ellos mismos la mencionan: Sherlock y Watson, pero en mis novelas no hay flema inglesa ni té de las cinco (...) para demostrar que la estructura está viva, porque todavía se la puede vulnerar y torcer para que siga hablando, pero esta vez en nuestra jerga".

Dos veces finalista del Festival Azabache, la saga de Jeremías Gillette, Jeremías ya lleva varias títulos editados. Y nada indica que haya llegado al final. El que cuenta la historia, nuestro Watson, se llama Simón León, un escritor sin demasiada imaginación, al punto que para poder escribir sus no muy extensas novelas, pero que al menos le permiten vivir, debe transformarse en el perro faldero de un detective de la bonaeerense que se llama Jeremías Jeremías, más conocido como Gillette, nombre cuya resonancia remite a otros nacidos bajo la desgracia de la pura cacofonía: Humbert Humbert, Akaki Akakiévich, etc.

Si bien el sagaz es Gillette, cuyos procedimientos difieren de los conocidos y populares en la ciencia forense ni en la investigación a lo novela negra, donde se logran resultados a los tiros y trompadas, es Simón León el que es capaz de lograr grandes metáforas o ideas, que nos permiten sorprendernos cuando vemos el

universo, en este caso las calles de San Miguel. "Supongo que cuando uno llega a viejo, los prejuicios son fundamentales para defenderse de un mundo que cada vez resulta más ajeno", dice Simón. Más tarde confiesa: "Ahí hay un libro, me dije. Uno que me gustaría leer, pero que jamás sería capaz de escribir". Nuestro Watson, como el Watson decimonónico, es más inteligente de lo que parece, y quizá su torpeza sea una treta para que luzca la sapiencia del detective, personaje inscribable, misógeno, invencible al rumny y que resuelve las diferencias con su tefe a las trompadas. Dice Dellutri: "Mi juego parodia a los grandes autores del folletín francés o los iniciadores del policial (...) cuando apareció Gillette y hablé por primera vez con León, supe que tenía que seguirlo. Yo no escribo sobre casos policiales, escribo sobre personajes, sobre mo-

do. Lo hice eficiente porque era la única manera de lograr la empatía: a un tipo que sabe hacer bien las cosas podemos perdonarle todo (...) los argentinos admiramos al que sabe hacer lo suyo al margen de la forma en que lo haga". No son tan comunes las sagas en la literatura argentina, aunque hay y últimamente se ha acrecentado. Están las de Fernando López con Philip Lecoq, Esteban Llamas con Lespada, las de Alejandro Parisi, Pablo de Santos, Ernesto Mallo, entre otras. En lo relativo a esto, Dellutri dice: "La saga está en el ADN de la literatura popular. La mitología familiar sobre ese concepto pero también las historias de los grandes autores del folletín francés o los iniciadores del policial (...) cuando apareció Gillette y hablé por primera vez con León, supe que tenía que seguirlo. Yo no escribo sobre casos policiales, escribo sobre personajes, sobre mo-

tivaciones, como diría Gillette. Para mí, la amistad entre León y Jeremías es la verdadera novela...". Dellutri no ahorra detalles de la realidad cotidiana para crear un marco que choqua con la oscuridad del crimen o los procedimientos policiales. Estos dos hombres escuchan volúmenes de Fito Páez, juegan al rumny, mientras el narrador no deja de recordarnos que Gillette es un policía capaz de torturar y llevar adelante procedimientos extremos como romper una serie de estatuas (en *Madecanturao*) para atraer la atención del asesino. Hay dos marcos más que vale considerar. El autor que no se conforma con relacionar a los personajes con la realidad, al no que va desperdigando, a medida que la historia avanza, nombres y detalles de otras ficciones. Un cura que se llama MacGuffin (ex-

presión creada por Hitchcock para referirse a un elemento de suspenso que hace avanzar la trama pero que no tiene relevancia), un perro que se llama Faulstich, o el tercer amor del cuervo de Poe. La otra marca es el humor, la variante ideal para contar vidas y mundos patéticos. "Son vírgenes (estatuas), Gillette. No creo poder hacerlo. Pienso en mi abuela y...", dice Simón, a lo que Gillette contesta: "No creo que su abuela sea virgen. De hecho, uno de los requisitos más firmes para ser abuela es el haber perdido la virginidad, generalmente a manos del abuelo, aunque nunca se sabe". Lo que demuestra es una saga de estas características es la fortaleza del género, que además de sumar nuevos autores todo el tiempo, suma variantes, colecciones y sorpresas. Dice Dellutri al SLT: "Estoy convencido que la Argentina necesita del policial para poder pensarse, para intentar entender qué clase de sociedad somos (...) La continuidad del policial depende exclusivamente del interés del lector y de la capacidad que tengamos escritores y editores de movilizarlo dándole una experiencia de lectura con la que pueda identificarse, que no sea igual a la que le brinda un best seller, sino radicalmente distinta". En estos buenos y vitales ejemplos del género negro se observan una cuota de tradición y una de innovación. En el medio, Dellutri se planta con solvencia y se tiene merle a los misterios ni a los desafíos. El se plantea como cree que lo hace su detective. Así lo dice: "La metáfora del detective es sencilla: ahí hay un tipo que se plantea en el medio del caos para intentar reencuadrar la cosa o por lo menos, entenderla, explicarla. La literatura argentina ha tenido pocos detectives, es cierto, pero muchos personajes marginales y orfenes. Se me ocurre que, si hay un Hércules del género, es un cura figura en la literatura argentina, se debe a que estamos intentando llevar a la madurez, tratando de ordenar el caos..." En eso mismo está trabajando en este momento Ezequiel Dellutri.